

CAPÍTULO 6: ¿CÓMO ORARÉ?

¿Cómo oraré? ¿Podría haber una pregunta más importante para un hombre cristiano? ¿Cómo me acercaré al Rey de la Gloria?

Cuando leemos las promesas de Cristo acerca de la oración, tendemos a pensar que Él pone un poder demasiado grande en nuestras manos — a menos que, ciertamente, concluyamos apresuradamente que le es imposible actuar como promete. Él dice: pedid «cualquier cosa», «todo lo que», «lo que queráis», y os será hecho.

Pero entonces añade una frase calificativa. Dice que hemos de pedir en Su nombre. Esa es la condición, y la única, aunque, como nos recordaremos más adelante, a veces está expresada con palabras diferentes.

Si, por tanto, pedimos y no recibimos, solo puede ser que no estamos cumpliendo esta condición. Si entonces somos verdaderos discípulos Suyos — si somos sinceros — nos esforzaremos (con infinito esfuerzo, si es necesario) por descubrir exactamente qué significa pedir en Su nombre; y no descansaremos contentos hasta haber cumplido esa condición. Leamos de nuevo la promesa para estar completamente seguros de ello. «Todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14:13, 14).

Esto era algo completamente nuevo, porque nuestro Señor lo dijo: «Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre»; pero ahora, «pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo» (Juan 16:24).

Cinco veces nuestro Señor repite esta simple condición: «En mi nombre» (Juan 14:13, 14; 15:16; 16:23, 24, 26). Evidentemente, aquí se implica algo muy importante. Es más que una condición — es también una promesa, un estímulo, porque los mandatos de nuestro Señor son siempre Sus habilitaciones. ¿Qué significa entonces pedir en Su nombre? Debemos saberlo a toda costa, porque es el secreto de todo poder en la oración. Y es posible hacer un mal uso de esas palabras. Nuestro Señor dijo: «Muchos vendrán en mi nombre, diciendo: "Yo soy

el Cristo", y engañarán a muchos» (Mateo 24:5). Bien podría haber dicho: «Y muchos pensarán que están orando al Padre en mi nombre, mientras se engañan a sí mismos».

¿Significa simplemente añadir las palabras «y todo esto lo pedimos en el nombre de Jesucristo» al final de nuestras oraciones?

Muchas personas aparentemente piensan que sí. Pero ¿no habéis oído nunca — u ofrecido — oraciones llenas de voluntad propia y egoísmo que terminaban de esa manera, «por amor de Cristo. Amén»?

Dios no podía responder a las oraciones a las que Santiago se refiere en su epístola, precisamente porque aquellos que las ofrecían añadían: «pedimos estas cosas en el nombre de nuestro Señor Jesucristo». Esos cristianos pedían «mal» (Santiago 4:3). ¡Una oración incorrecta no puede ser hecha correcta por la adición de alguna frase mística!

Y una oración correcta no falla si se omiten tales palabras. ¡No! Es más que una cuestión de palabras. Nuestro Señor está pensando en la fe y en los hechos más que en alguna fórmula. El objetivo principal de la oración es glorificar al Señor Jesús. Hemos de pedir en el nombre de Cristo «para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:13). ¡Escuchad! No hemos de buscar riqueza o salud, prosperidad o éxito, comodidad o confort, espiritualidad o fecundidad en el servicio, simplemente para nuestro propio gozo, avance o popularidad, sino solo por amor a Cristo — para Su gloria. Tomemos tres pasos para un correcto entendimiento de esas importantes palabras, «en mi nombre».

(1) Hay un sentido en el cual algunas cosas se hacen solo «por amor a Cristo» — por causa de Su muerte expiatoria. Aquellos que no creen en la muerte expiatoria de Cristo no pueden orar «en Su nombre». Pueden usar las palabras, pero sin efecto. Porque somos «justificados por su sangre» (Romanos 5:9), y «tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados» (Efesios 1:7; Colosenses 1:14). En estos días en que el unitarismo, bajo su engañoso nombre de Modernismo, ha invadido todas las sectas, es muy importante recordar el lugar y

la obra de la sangre derramada de Cristo, o la «oración» — así llamada — se convierte en un engaño y una trampa.

Ilustremos este punto con una experiencia que ocurrió muy al principio del ministerio del Sr. Moody. La esposa de un juez incrédulo — un hombre de grandes dotes intelectuales — le rogó a Moody que hablara con su esposo. Moody, sin embargo, dudó en discutir con un hombre así, y se lo dijo con toda franqueza. «Pero», añadió, «si alguna vez usted se convierte, ¿prometerá hacérmelo saber?». El juez se rió cínicamente y respondió: «¡Oh, sí! Se lo haré saber bastante rápido si alguna vez me convierto». Moody siguió su camino, confiando en la oración. Ese juez se convirtió, y dentro de un año. Cumplió su promesa y le contó a Moody exactamente cómo sucedió. «Comencé a estar muy inquieto y miserable una noche cuando mi esposa estaba en una reunión de oración. Me fui a la cama antes de que ella volviera a casa. No pude dormir en toda la noche. Levantándome temprano a la mañana siguiente, le dije a mi esposa que no necesitaría desayuno, y me fui a mi oficina. Diciendo a los empleados que podían tomarse un día libre, me encerré en mi despacho privado. Pero me volví cada vez más desdichado. Finalmente, caí de rodillas y le pedí a Dios que perdonara mis pecados, pero no quise decir "por amor de Jesús", porque era unitario y no creía en la expiación. En una agonía de mente, seguí orando: "Oh Dios, perdona mis pecados", pero no vino ninguna respuesta. Por fin, en la desesperación, clamé: "Oh Dios, por amor de Cristo, perdona mis pecados". Entonces encontré paz de inmediato».

Ese juez no tuvo acceso a la presencia de Dios hasta que lo buscó en el nombre de Jesucristo. Cuando vino en el nombre de Cristo, fue oído y perdonado al instante. Sí, orar «en el nombre» del Señor Jesús es pedir las cosas que la sangre de Cristo ha asegurado — «comprado» — para nosotros. Tenemos «confianza para entrar al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús» (Hebreos 10:19). No hay entrada por ningún otro camino.

Pero esto no es todo lo que significan esas palabras «En mi Nombre».

(2) La ilustración más familiar de venir «en el nombre» de Cristo es la de retirar dinero de un banco mediante un cheque. Puedo retirar de mi cuenta

bancaria solo hasta el monto de mi depósito allí. En mi propio nombre, no puedo ir más allá. En el Banco de Inglaterra no tengo dinero alguno, y por lo tanto no puedo retirar nada de allí. Pero supongamos que un hombre muy rico que tiene una gran cuenta allí me da un cheque en blanco con su firma, y me ordena que lo rellene por cualquier cantidad que yo elija. Él es mi amigo. ¿Qué haré? ¿Satisfaré solo mi necesidad presente, o retiraré todo lo que me atreva? Ciertamente no haré nada que ofenda a mi amigo, ni que me rebaje en su estima.

Bueno, algunos nos dicen que el cielo es nuestro banco. Dios es el Gran Banquero, porque «toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, que descende del Padre» (Santiago 1:17). Necesitamos un «cheque» con el cual «retirar» de este almacén ilimitado. El Señor Jesús nos da un cheque en blanco en la oración. «Rellénalo», dice Él, «por cualquier cantidad; pide "cualquier cosa", "lo que quieras", y lo tendrás. Presenta tu cheque en Mi nombre, y tu petición será honrada». Permítanme poner esto en palabras de un conocido evangelista de hoy. «Eso es lo que sucede cuando voy al banco del cielo — cuando voy a Dios en oración. No tengo nada depositado allí; no tengo crédito allí; y si voy en mi propio nombre, no obtendré absolutamente nada. Pero Jesucristo tiene crédito ilimitado en el cielo, y me ha concedido el privilegio de ir con Su nombre en mis cheques; y cuando así voy, mis oraciones serán honradas en cualquier medida. Orar, pues, en el nombre de Cristo es orar, no sobre la base de mi crédito, sino del Suyo».

Todo esto es muy deleitable y, en cierto sentido, muy cierto.

Si el cheque fuera girado contra una cuenta del Gobierno, o contra alguna corporación rica, uno podría sentirse tentado a obtener todo lo que pudiera. Pero recuerda que venimos a un Padre amoroso a quien le debemos todo, y a quien amamos con todo nuestro corazón, y a quien podemos venir repetidamente. Al cobrar nuestros cheques en el banco del cielo, deseamos principalmente Su honor y Su gloria. Deseamos hacer solo aquello que es agradable ante Sus ojos. Cobrar algunos de nuestros «cheques» — responder algunas de nuestras oraciones — solo traería deshonra a Su nombre, y descrédito y molestia para nosotros. Es verdad, Sus recursos son ilimitados; pero Su honor es atacable.

¡Pero la experiencia hace innecesaria la argumentación! Querido lector, ¿no hemos — todos nosotros — probado a menudo este método solo para fracasar?

¿Cuántos de nosotros nos atrevemos a decir que nunca hemos salido del banco del cielo sin obtener lo que pedimos, aunque aparentemente hayamos pedido «en el nombre de Cristo»? ¿En qué fallamos? ¿Es porque no buscamos aprender la voluntad de Dios para nosotros? No debemos tratar de exceder Su voluntad.

¿Puedo dar una experiencia personal mía que nunca ha sido contada en público, y que es probablemente bastante única? Sucedió hace más de treinta años, y ahora veo por qué. Es una ilustración tan espléndida de lo que ahora tratamos de aprender acerca de la oración.

Un amigo acomodado, y extremadamente ocupado, deseaba darme una libra para cierto objetivo. Me invitó a su oficina y escribió apresuradamente un cheque por la cantidad. Dobló el cheque y me lo entregó, diciendo: «No lo cruzaré. ¿Quiere hacer el favor de cobrarlo en el banco?» Al llegar al banco, eché un vistazo a mi nombre en el cheque sin molestarme en verificar la cantidad, lo endosé y se lo entregué a un empleado. «Esto es una suma bastante grande para cobrar en ventanilla», dijo, mirándome fijamente. «Sí», respondí riendo, «¡una libra!» «No», dijo el empleado: «esto está extendido por "mil libras"».

¡Y así era! Mi amigo, sin duda, estaba acostumbrado a escribir cheques grandes; y en realidad había escrito «mil» en lugar de «una» libra. Ahora, ¿cuál era mi posición legal? El cheque estaba verdaderamente a su nombre. La firma estaba correcta. Mi endoso estaba correcto. ¿No podía yo exigir las 1,000 libras, siempre que hubiera suficiente en la cuenta? El cheque fue escrito deliberadamente, aunque apresuradamente, y libremente para mí — ¿por qué no habría de tomar el regalo? ¿Por qué no?

Pero estaba tratando con un amigo — un amigo generoso a quien le debía muchas obras de bondad amorosa. Él me había revelado su mente. Yo conocía sus deseos y anhelos.

Él quería darme una libra, y nada más. Yo conocía su intención, su "mente", y de inmediato devolví el cheque demasiado generoso, y a su debido tiempo recibí exactamente una libra, conforme a su voluntad. Si ese donante me hubiera dado un cheque en blanco, el resultado habría sido exactamente el mismo. Él habría esperado que yo escribiera una libra, y mi honor habría estado en juego al hacerlo. ¿Necesitamos sacar la lección? Dios tiene Su voluntad para cada uno de nosotros, y a menos que procuremos conocer esa voluntad, es probable que pidamos "mil", cuando Él sabe que "una" será lo mejor para nosotros. En nuestras oraciones venimos a un Amigo: un Padre amoroso. Le debemos todo. Él nos invita a venir a Él cuando queramos por todo lo que necesitemos. Sus recursos son infinitos.

Pero Él nos manda recordar que solo debemos pedir aquellas cosas que estén de acuerdo con Su voluntad, solo aquello que traiga gloria a Su nombre. Juan dice: «Si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye» (1 Juan 5:14). Así pues, nuestro Amigo nos da un cheque en blanco y nos deja que completemos "cualquier cosa"; pero Él sabe que si verdaderamente Lo amamos, nunca anotaremos, nunca pediremos, cosas que Él no esté dispuesto a darnos, porque nos serían perjudiciales.

Quizás en la mayoría de nosotros la falta está en la dirección opuesta. Dios nos da un cheque en blanco y dice: *Pide una libra*, ¡y pedimos un chelín! ¿No se habría sentido insultado mi amigo si lo hubiera tratado así? ¿Pedimos lo suficiente? ¿Nos atrevemos a pedir "conforme a Sus riquezas en gloria"?

El punto en el que estamos meditando, sin embargo, es este: no podemos estar seguros de que estamos orando "en Su nombre" a menos que aprendamos Su voluntad para nosotros.

(3) Pero incluso ahora no hemos agotado el significado de aquellas palabras: "En Mi nombre". Todos sabemos lo que es pedir algo "en el nombre" de otro. Pero tenemos mucho cuidado de no permitir que cualquiera use nuestro nombre si no es digno de confianza, no sea que abuse de nuestra confianza y desacredite nuestro nombre. Giezi, el siervo de confianza, usó deshonestamente el nombre de

Eliseo cuando corrió tras Naamán. En el nombre de Eliseo obtuvo riquezas, pero también heredó una maldición por su maldad.

Un empleado de confianza a menudo usa el nombre de su empleador y maneja grandes sumas de dinero como si fueran suyas. Pero esto solo lo hace mientras se le considere digno de tal confianza. Y usa el dinero para su amo, no para sí mismo. Todo nuestro dinero pertenece a nuestro Amo, Cristo Jesús. Podemos ir a Dios por provisiones en Su nombre si usamos todo lo que recibimos para Su gloria.

Cuando voy a cobrar un cheque pagadero a mi nombre, el banquero se satisface plenamente si la firma de su cliente es auténtica y si yo soy la persona autorizada para recibir el dinero. No pide referencias sobre mi carácter. No tiene ningún derecho a preguntar si soy digno de recibir el dinero o de que se me confíe para usarlo correctamente. No ocurre así con el Banco del Cielo. Ahora bien, este es un punto de suma importancia. No se apresure a pasar por alto lo que ahora se va a decir.

Cuando voy al banco del cielo en el nombre del Señor Jesús, con un cheque girado sobre las inescrutables riquezas de Cristo, Dios exige que yo sea un receptor digno. No "digno" en el sentido de que yo pueda merecer o merezca algo de un Dios santo, sino digno en el sentido de que busco el don no para mi propia gloria o interés personal, sino solo para la gloria de Dios.

De lo contrario, puedo orar y no recibir. «Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites» (Santiago 4:3, R.V.).

El Gran Banquero Celestial no nos cobrará los cheques si nuestros motivos no son correctos. ¿No es esta la razón por la que tantos fracasan en la oración? El nombre de Cristo es la revelación de Su carácter.

Orar "en Su nombre" es orar en Su carácter, como Su representante enviado por Él: es orar por Su Espíritu y según Su voluntad; tener Su aprobación en nuestra petición, buscar lo que Él busca, pedir ayuda para hacer lo que Él mismo desearía que se hiciera, y desear hacerlo no para nuestra propia glorificación, sino solo para Su gloria. Para orar "en Su nombre" debemos tener identidad de

intereses y propósito. El yo y sus metas y deseos deben estar completamente controlados por el Espíritu Santo de Dios, de modo que nuestras voluntades estén en completa armonía con la voluntad de Cristo.

Debemos alcanzar la actitud de San Agustín cuando clamó: «Oh Señor, concédeme hacer Tu voluntad como si fuera mi voluntad, para que Tú hagas mi voluntad como si fuera Tu voluntad».

Hijo de Dios, ¿parece esto hacer que la oración "en Su nombre" esté totalmente fuera de nuestro alcance? Esa no fue la intención de nuestro Señor. ¡Él no se está burlando de nosotros! Hablando del Espíritu Santo, nuestro Señor usó estas palabras: «El Consolador... a quien el Padre enviará en mi nombre» (Juan 14:26). Ahora bien, nuestro Salvador quiere que seamos tan controlados por el Espíritu Santo que podamos actuar en el nombre de Cristo. «Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios» (Romanos 8:14). Y solo los hijos pueden decir: "Padre nuestro".

Nuestro Señor dijo de Saulo de Tarso: «Instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel» (Hechos 9:15). No *a* ellos, sino *delante de* ellos. Así dice San Pablo: «Agradó a Dios revelar a su Hijo en mí». No podemos orar en el nombre de Cristo a menos que llevemos ese nombre delante de la gente. Y esto solo es posible mientras permanezcamos "en" Él y Sus palabras permanezcan en nosotros. Así llegamos a esto: a menos que el corazón esté bien, la oración debe estar mal.

Cristo dijo: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7).

Esas tres promesas son realmente idénticas: expresan el mismo pensamiento con diferentes palabras. Mírelas:

Pedid cualquier cosa en mi nombre, y lo haré (Juan 14:13, 14).

Pedid lo que queráis (si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros), *y os será hecho* (Juan 15:7).

Pedid cualquier cosa, conforme a su voluntad, tenemos las peticiones (1 Juan 5:14).

Y podríamos resumirlas todas en las palabras de San Juan: «Cualquier cosa que pidiéremos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3:22). ¡Cuando hacemos lo que Él manda, Él hace lo que pedimos! Escuche a Dios y Dios lo escuchará a usted. Así nuestro Señor nos da "poder notarial" sobre Su reino, el reino de los cielos, si solo cumplimos la condición de permanecer en Él.

¡Oh, qué maravilla es esta! ¡Cuán ansiosa y fervientemente deberíamos buscar conocer Su "mente", Su deseo, Su voluntad! ¡Cuán asombroso es que cualquiera de nosotros, por nuestra propia búsqueda de intereses personales, perdamos tales riquezas inescrutables! Sabemos que la voluntad de Dios es lo mejor para nosotros. Sabemos que Él anhela bendecirnos y hacernos una bendición. Sabemos que seguir nuestra propia inclinación es absolutamente seguro que nos dañará y nos herirá a nosotros y a aquellos a quienes amamos. Sabemos que apartarnos de Su voluntad para nosotros es buscar el desastre. Oh hijo de Dios, ¿por qué no confiamos en Él plena y completamente? Aquí estamos, entonces, una vez más confrontados cara a cara con una vida de santidad. Vemos con la máxima claridad que el llamado de nuestro Salvador a la oración es simplemente un llamamiento de trompeta a la santidad. «¡Sed santos!» porque sin santidad nadie puede ver a Dios, y la oración no puede ser eficaz.

Cuando confesamos que "nunca recibimos respuestas a nuestras oraciones", estamos condenando no a Dios, ni a Sus promesas, ni al poder de la oración, sino a nosotros mismos. No hay mayor prueba de espiritualidad que la oración. El hombre que intenta orar descubre rápidamente exactamente dónde se encuentra ante los ojos de Dios.

A menos que estemos viviendo la Vida Victoriosa, no podemos orar verdaderamente "en el nombre" de Cristo, y nuestra vida de oración necesariamente será débil, intermitente y con frecuencia infructuosa.

Y "en Su nombre" debe ser "conforme a Su voluntad". Pero, ¿podemos conocer Su voluntad? Ciertamente podemos. San Pablo no solo dice: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús...» (Filipenses 2:5); también declara audazmente: «Nosotros tenemos la mente de Cristo» (1 Corintios 2:16). ¿Cómo, entonces, podemos llegar a conocer la voluntad de Dios?

Recordaremos que «El secreto de Jehová es para los que le temen» (Salmo 25:14, R.V.).

En primer lugar, no debemos esperar que Dios nos revele Su voluntad a menos que deseemos conocer esa voluntad y tengamos la intención de hacer esa voluntad. El conocimiento de la voluntad de Dios y la realización de esa voluntad van juntos. Somos propensos a desear conocer la voluntad de Dios para poder decidir si obedeceremos o no. Tal actitud es desastrosa. «Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina» (Juan 7:17, R.V.).

La voluntad de Dios se revela en Su Palabra, en las Sagradas Escrituras. Lo que Él promete en Su Palabra, puedo saber que es conforme a Su voluntad.

Por ejemplo, puedo pedir con confianza sabiduría, porque Su Palabra dice: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios... y le será dada» (Santiago 1:5). No podemos ser hombres de oración prevalente a menos que estudiemos la Palabra de Dios para descubrir Su voluntad para nosotros.

Pero es el Espíritu Santo de Dios quien es el gran Ayudador de la oración. Lea de nuevo aquellas maravillosas palabras de San Pablo: «Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues no sabemos qué orar como conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles; y el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos» (Romanos 8:26, 27; Weymouth).

¡Qué palabras tan consoladoras! La ignorancia y la impotencia en la oración son realmente cosas benditas si nos lanzan sobre el Espíritu Santo. ¡Bendito sea el nombre del Señor Jesús! No tenemos excusa. Orar debemos: orar podemos.

Recuerde que nuestro Padre Celestial está comprometido a dar el Espíritu Santo a los que se lo piden (Lucas 11:13), y cualquier otra "cosa buena" también (Mateo 7:11).

Hijo de Dios, has orado a menudo. Sin duda, a menudo has lamentado tu debilidad y flojedad en la oración. Pero, ¿has orado realmente en Su nombre?

Es cuando hemos fallado y no sabemos "qué orar" ni "cómo conviene", que el Espíritu Santo es prometido como nuestro Ayudador.

¿No vale la pena estar total y sinceramente entregado a Cristo? El cristiano a medias es de muy poca utilidad tanto para Dios como para el hombre. Dios no puede usarlo, y el hombre no tiene uso para él, sino que lo considera un hipócrita. Un solo pecado permitido en la vida destruye de inmediato nuestra utilidad y nuestro gozo, y roba a la oración de su poder.

Amado, hemos vislumbrado de nuevo la gracia y la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Él está dispuesto y esperando compartir con nosotros tanto Su gloria como Su gracia. Él está dispuesto a hacernos canales de bendición. ¿No adoraremos a Dios en sinceridad y verdad, y clamaremos con anhelo y seriedad: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (Hechos 22:10, R.V.), y luego, en el poder de Su fuerza, lo haremos?

San Pablo una vez elevó esa oración al cielo: "¿Qué haré?" ¿Qué respuesta obtuvo? ¡Escuche! Él nos cuenta en su consejo a los creyentes de todas partes lo que significó para él, y debería significar para nosotros: «Amados, vestíos... de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia;... y sobre todas estas cosas vestíos de amor, y que la paz de Cristo gobierne en vuestros corazones... Que la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros con toda sabiduría... Y todo lo que hagáis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Colosenses 3:12-17).

Solo cuando todo lo que hacemos se hace en Su nombre, Él hará todo lo que pidamos en Su nombre.